POR TIERRAS CASTELLANAS

El palacio de doña María de Padilla, en Astudillo

Dos de las fachadas del palacio de doña María de Padilla

LA ULLA

Casi asomados, de caliza blanca, limitan el horizonte de la villa palentina de Astudillo. El campo no tiene la grandiosidad de otros lugares de Castilla, en los que la llanura se ensancha con el cielo en la lejanía, ése aquél como un rincón apartado de la alta meseta. Las aguas del Pisuerga pasan bastante lejanas del caserío, que está en un terreno seco, privado del amable afecto de la vegetación. No es fácil sospechar por qué se tuvo un pueblo en sólo tan yermo y tan frío de todo atractivo.

Un castillo arruinado dona desde un otero a la villa. Sus dos iglesias, medievales, sus viviendas, el Ayuntamiento, no consiguen dar un aspecto monumental. Perdió la fabricación de pulgas, desdiente el gran riquísimo de vino, Astudillo, como muchos otros pueblos españoles de Castilla, es tan sólo triste sombra de un pasado glorioso.

En un extremo de la población, sin que sus construcciones sobresalgan del pobre caserío, levantarse un convento y un palacio, cerca, a los que el reparto secular en que yace esta tierra ha conservado casi tal cómo fueron elevados hace seis siglos. A ellos va unido el recuerdo de una nación noble figura de mujer. Llamése doña María de Padilla, su fiel esposa, Martín Díaz, su fiel guerrero, Martín Díaz, su fiel jefe, ya en amores con el Rey Don Pedro el cruel o historioso, es la conocida por D.ª María de Padilla. De estas tierras de Astudillo procedía su linaje, es padre, rico haciendo castellan, y en ellas ejercía señorío, tal vez ellas contribuyeron a formar su espíritu.

LA MUJER

Cuando tenía Don Pedro Díaz y ciento años co- nozco en León, en el palacio de los Guzmán, a Martín Díaz, eia más apuesta doncella que por en-
sucesivas, y anécdotas ambas en disposición, aunque no en rigor, a la del Alcázar de Sevilla. En el resto de los murros alteran el andén en esquinas y guarniciones de vidriera con el castiliano tupial. Forman el palacio, en planta baja, dos grandes salones uno, rectangular, a modo de vestíbulo; otro, estrecho y largo, adosado a el por uno de sus lados menores. Cubríanse con sendas arcos ceñidores majestuosos. En el piso superior, destinado, sin duda, a vivienda, los techos son ricos y las habitaciones pequeñas.

En su construcción vemos la influencia del arte musulmán andalusí, al lado del mudéjar, de larga tradición en las tierras de Castilla y León. Desde el siglo xii en ellas se elaboró un arte popular, de influencia malagueña, cuyos centros fueron Salamanca, Olmedo, Arévalo y Cuéllar. En estilo románico o gótico, importados de León, construyeronse de piedra los grandes monasterios, las catedrales, las fundaciones de Reyes y magnates, mientras que el mudéjar, fiel a una tradición remota, empleó el ladrillo en sus modestos templos, el tapial y el azogue en sus viviendas. A veces estos dos estilos parecen unirse con hábiles andalucías; otras, adquiere un traslado carácter aristocrático en los oscilados de monarcas populares, más anuentes del estado llano que de la nobleza, como fueron Don Pedro y Don Enrique IV. La vida del primero pasó entre el Alcázar de Sevilla, construido por arquitectos musulmanes, y los palacios de Tordesillas y Astudillo, que también deben gran parte de sus fomras al arte andaluz.

LOS PALACIOS CASTELLANOS

Tal es el palacio de D. Maria de Padilla humilde vivienda, que apenas sobresale de las carreteras. No fueron más bajoñas la mayoría de los palacios de los Reyes católicos, de vida recta y dura, siempre de lugar en lugar y de fortaleza en fortaleza. Aún hubo mayor en la del palacio en el que nació la Reina Catalina, en Madrid, las Altas Torres; y los restos de otros medievales, de nobles y magnates, que aún quedan en Castilla, fueron construidos con los materiales que de este país mudéjar irrumpieron, piedra, tapial y ladrillos. Que para el breve tránsito que es la vida, el soberbio castiliano estaba confeccionado con hierro sanitas de las más elementales necesidades, conservando riquezas, lujo y magnificencia para pláticas y monasterios, moradas eternas de los desgraciados humanos.

En el palacio de Astudillo, escenario de la existencia aflorada de Mary Díaz, seculada por el vendaval de la pasión, vive hoy un sufrimiento de soledad. A ciertas horas, oyéndose las campanadas del convento cercano y los cantos religiosos de las Clarisas que lo habitan. Y es esto rincón, como imagen actual de Castilla, inmortal y brillante antano, donada hoy en un sueño que va se mezclando eterno...